

había podido reconocer la etimología de esta palabra, que databa de ocho siglos, y descubrir que había habido en otro tiempo un convento en el centro del bosque. Al ver los primeros síntomas de la Revolución, el marqués de Simeuse, á quien un litigio había obligado á recurrir á sus títulos, instruido por casualidad de esta particularidad, empezó á buscar el sitio del monasterio, llevado de una idea que es fácil concebir. El guarda, que conocía el bosque, había ayudado á su amo en este trabajo, y su sagacidad forestal contribuyó á que reconociese la situación del monasterio. Observando la dirección de los cinco principales caminos del bosque, algunos de los cuales estaban borrados, vió que todos iban á dar al montículo ó al estanque, adonde en otro tiempo debían ir de Troyes, del valle de Arcis, del de Cinq-Cygne y de Bar-sur-Aube. El marqués quiso sondear el montículo, pero no podía emplear en esta operación más que gente extraña al país. Las circunstancias le obligaron á abandonar sus investigaciones, dejando en el ánimo de Michú la idea de que la eminencia ocultaba ó tesoros ó las ruinas de la abadía. Michú continuó esta obra arqueológica y sintió que el terreno sonaba á hueco al nivel mismo del estanque, entre dos árboles, al pie del único punto escarpado de la eminencia. Una hermosa noche se fué allá armado de un azadón, y logró poner al descubierto una serie de bodegas adonde se bajaba por unos escalones de piedra. El estanque, que, en su lugar más hondo, á tres pies de profundidad, forma un pozo, hace creer que en su fondo existe algún manantial que le da origen. Este pantano, rodeado de árboles acuáticos, de sauces y de fresnos, es el punto de unión de los senderos, restos de antiguos caminos y de paseos de árboles, hoy desiertos. Esta agua viva y que parece estancada, cubierta de plantas de anchas hojas y de berros, forma una superficie, completamente verde, que apenas se distingue del terreno firme donde nace una hierba muy fría y tupida. Está demasiado lejos de poblado para que el ganado ó animales, á no ser los feroces, vayan á aprovecharse de ella. Convencidos de que no podía existir nada debajo de este estanque y rechazados por los inaccesibles bordes del montículo, los guar-

das particulares y los cazadores no habían visitado, escudriñado, ni sondado nunca este rincón, que pertenecía á la parte más espesa del bosque y que Michú dijo que era preciso no tocar á fin de destinarlo á la obtención de maderas. Al extremo de una bodega se encuentra otra más pequeñita, limpia y sana, toda de piedra de talla, del género de las que se denominaban *in pace*, ó calabozo de los conventos. La salubridad de esta bodeguita, la conservación de aquel resto de escalera, se explicaba por la existencia del manantial, que había sido respetado por los demoledores, y por la de una muralla de un gran espesor, formada con ladrillos y cemento como los que hacían los romanos, la cual contenía la entrada de las aguas superiores. Michú tapó con gruesas piedras la entrada de este retiro, y después, para apropiarse el secreto y hacer las bodegas impenetrables, se impuso el trabajo de subir á la eminencia y de entrar en la bodega por la escarpadura, en lugar de hacerlo por el estanque. En el momento en que los dos fugitivos llegaban allí, la luna iluminaba con sus hermosos y plateados rayos las cimas de los árboles centenarios del montículo y coloreaba con diversos matices los altos y bajos del bosque, que eran, unos redondos, otros puntiagudos, éste terminado en un solo árbol y aquél en un bosquecillo.

Desde allí, la mirada era atraída de un modo irresistible por preciosas perspectivas, pudiendo apreciarse por la forma de las espesuras, ya la vuelta de un sendero, ya el paisaje sublime de una larga calle de seculares árboles ó ya una muralla de verdura casi negra. La luz, filtrándose á través del ramaje, hacía brillar, entre los claros del berro y de los nenúfares, algunos diamantes de aquella agua tranquila é ignorada. El grito de las ranas turbó el profundo silencio de este bonito rincón del bosque cuyo salvaje perfume despertaba en el alma ideas de libertad.

—¿Estamos aquí seguros? dijo la condesa á Michú.

—Sí, señorita. Pero aún queda trabajo para los dos. Vaya usted á atar los caballos á algún árbol de la parte superior de esta colina y póngales á ambos un pañuelo alrededor de la boca, dijo tendiéndole el que le servía de corbata; los

dos son inteligentes y comprenderán que tienen que callarse. Cuando haya usted acabado, baje en línea recta hacia el estanque por esta escarpadura, cuidando de que no se le enganche la amazona, y ya me encontrará usted allá abajo.

Mientras que la condesa escondía los caballos y los amordazaba, Michú quitó las piedras y descubrió la entrada de la bodega. La condesa, que creía conocer el bosque, quedó sorprendida al verse bajo la bóveda de una bodega. Michú volvió á colocar las piedras que tapaban la entrada, con destreza de albañil. Cuando hubo acabado, el ruido de los caballos y la voz de los gendarmes resonó en el silencio de la noche; pero no por eso dejó de encender la yesca con el eslabón, y, aplicándola á una pajueta, llevó á la condesa al *in pace* donde se encontraba aún el cabo de la vela que le había servido para reconocer esta bodega. La puerta de hierro, de varias líneas de espesor, pero perforada en algunos lugares por el orín, había sido restaurada por el guarda, y se cerraba exteriormente con barras que se adaptaban perfectamente á unos agujeros laterales. La condesa, muerta de fatiga, se sentó en un banco de piedra, encima del cual existía aún una anilla empotrada en la pared.

—Tenemos un salón para hablar, dijo Michú. Ahora pueden dar los gendarmes tantas vueltas como quieran, pues lo peor que pudiera ocurrirnos es que nos cogieran los caballos.

—Quitarnos los caballos, dijo Lorenza, no sería matar á mis primos y á los señores de Hautesserre. Veamos, ¿qué sabe usted?

Michú contó lo poco que había sorprendido de la conversación habida entre Maligno y Grevín.

—Están camino de París y llegarán allá esta mañana, dijo la condesa cuando Michú hubo acabado.

—¡Están perdidos! exclamó Michú. Ya comprenderá usted que las entradas y las salidas han de estar vigiladas. Maligno tiene el mayor interés en dejar que mis amos se comprometan bien para matarlos.

—¡Y yo que no sé nada del plan general de este asunto! exclamó Lorenza. ¿Cómo prevenir á Georges, á Moreau y á Riviere? ¿Dónde estarán? En fin, no pensemos más que en

mis primos y en los Hautesserre; corra usted á unirse con ellos inmediatamente.

—El telégrafo va más pronto que los mejores caballos, dijo Michú; y de todos los nobles complicados en esta conspiración, vuestros primos serán los que caerán primero; si los encuentro, es preciso albergarlos aquí hasta que termine este asunto; su pobre padre tenía sin duda un presentimiento al ponerse sobre la pista de este escondite, y preveía que sus hijos se salvarían en él.

—Mi yegua proviene de las cuadras del conde de Artois, es hija de su mejor caballo inglés, pero ha andado treinta y seis leguas y moriría sin haberle llevado á usted al fin de su viaje, dijo Lorenza.

—El mío es bueno, dijo Michú, y si usted ha andado treinta y seis leguas, yo no tengo que andar más que diez y ocho.

—Veintitrés, dijo la condesa; pues hace ya cinco horas que se han marchado. Los encontrará usted más allá de Lagny, en Coupvrai, de donde deben salir al rasgar el alba disfrazados de marineros, pues piensan entrar en París en barcas. Aquí tiene usted, repuso quitándose de su dedo la mitad de la alianza de su madre, la única cosa á la que darían fe, pues ellos poseen la otra mitad. El guarda de Coupvrai, padre de uno de sus soldados, los esconde esta noche en una barraca de carboneros abandonada en medio de los bosques. Son ocho en total: mis primos, los señores de Hautesserre y cuatro hombres más.

—Señorita, los soldados no corren tanto peligro; de modo que ocupémonos de los señores de Simeuse y dejemos que los demás se salven como puedan. ¿No hacemos bastante con avisarlos?

—¿Abandonar á los Hautesserre? ¡nunca! dijo Lorenza. ¡Deben perecer ó salvarse todos juntos!

—No son más que hidalgillos, repuso Michú.

—Ya sé que no son más que caballeros, respondió la condesa; pero son aliados de los Cinq-Cygne y de los Simeuse. Traiga usted, pues, á mis primos y á los Hautesserre, poniéndose de acuerdo con ellos acerca del mejor medio de ganar el bosque.

—Los gendarmes están aquí! ¿los oye usted? Se consultan.

—En fin, ha estado usted dos veces de suerte esta noche. Vaya usted y tráigalos, ocultándolos en esta bodega, donde estarán al abrigo de toda pesquisa. Yo no puedo servirle á usted para nada, dijo con rabia, pues sería un paso que iluminaría al enemigo. La policía no se imaginaría nunca que mis parientes puedan venir al bosque viéndome á mí tranquila. De manera que toda la cuestión consiste en encontrar cinco caballos buenos para venir en seis horas de Lagny á nuestro bosque, cinco caballos que reventar.

—¿Y el dinero? respondió Michú, que reflexionaba profundamente al escuchar á la joven condesa.

—Esta noche les he dado cien luisas á mis primos.

—Yo respondo de ellos, exclamó Michú. Una vez escondidos, debe usted privarse de verlos; mi mujer ó mi hijo les traerán comida dos veces por semana. Pero, como yo no respondo de mí, sepa usted, en caso de desgracia, señorita, que la viga mayor del granero de mi pabellón ha sido perforada con un barreno. En el agujero, que está tapado con un pedazo de madera, se encuentra el plano de un rincón del bosque. Los árboles en que vea usted un punto encarnado en el plano, tienen una marca negra á su pie en el terreno. Cada uno de estos árboles es un indicador. La tercera encina vieja que se encuentra á la izquierda de cada indicador, indica el punto en que se encuentran, á dos pies de distancia del tronco y á siete pies de profundidad, unos canutos de hojalata que contienen cien mil francos en oro cada uno. Estos once árboles, pues no son más que once, encierran toda la fortuna de los Simeuse, ahora que Gondreville les ha sido robado.

—La nobleza tardará cien años en rehacerse de los golpes que ha recibido, dijo lentamente la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Tienen santo y seña? preguntó Michú.

—¡Francia y Carlos! para los soldados. ¡Lorenza y Luis! para los señores de Hauteserre y de Simeuse. ¡Dios mío! haberlos visto ayer por la primera vez después de once años y saber que están hoy en peligro de muerte, ¡y de qué

muerte! Michú, dijo con profunda expresión de melancolía, sea usted tan prudente durante estas quince horas, como ha sido usted grande y adicto durante estos quince años. Si ocurriese alguna desgracia á mis primos, me moriría. Digo mal, no viviría más que el tiempo necesario para matar á Bonaparte.

—El día en que no hubiera esperanza, seríamos dos para eso.

Lorenza cogió la ruda mano de Michú y se la estrechó con fuerza. Michú sacó su reloj; eran las doce de la noche.

—Salgamos de aquí á toda costa, dijo. Desgraciado del gendarme que se interponga en mi camino. Usted, señora condesa, sin que esto sea mandarle, debe volver á escape á Cinq-Cygne. ¡Los gendarmes están aquí y debe usted procurar distraerlos!

Desembarazada la entrada, Michú no oyó nada; pegó el oído á tierra y se levantó precipitadamente diciendo:

—¡Están en el extremo del bosque, hacia Troyes! Yo sabré burlarlos.

Ayudó á la condesa á salir y volvió á colocar el montón de piedras. Cuando hubo acabado, se oyó llamar por la dulce voz de Lorenza, que quiso verlo á caballo antes de montar ella en el suyo. El hombre rudo tenía lágrimas en los ojos al cambiar una última mirada con su joven ama, que permanecía serena.

—Tiene razón, es preciso distraerlos, se dijo Lorenza cuando ya no oyó nada.

Y se lanzó hacia Cinq-Cygne al galope.

Al saber que sus hijos corrían peligro de muerte, la señora de Hauteserre, que no creía la Revolución acabada y que conocía la severa justicia de aquel tiempo, recobró sus fuerzas y sus sentidos por la violencia misma del dolor que se los había quitado. Llevada de horrible curiosidad, bajó al salón, que ofrecía entonces un cuadro digno del pincel de un gran pintor. Sentado aún á la mesa de juego, el cura jugaba maquinalmente con las fichas, observando á hurtadillas á Peyrade y á Coentín, los cuales, de pie en un rincón de la chimenea, se hablaban en voz baja. La astuta mi-

rada de Corentín se encontró varias veces con la no menos astuta del cura; pero, como los adversarios que se consideran de igual fuerza y que se ponen en guardia después de haber cruzado las armas, uno y otro no tardaron en dirigir sus miradas á otra parte. El bueno de Hauteserre, plantado como una cigüeña, sobre sus dos piernas, permanecía al lado del grueso, grande y avaro Goulard, en la actitud en que lo había dejado su estupefacción. Aunque iba bien vestido, el alcalde seguía teniendo el aire de un criado. Ambos miraban con asombrados ojos á los gendarmes, entre los cuales seguía llorando Gothard, cuyas manos habían sido atadas tan fuertemente, que estaban amoratadas é hinchadas. Catalina no abandonaba su posición, llena de ingenuidad y sencillez, pero impenetrable. El sargento, que, según Corentín, acababa de cometer una torpeza deteniendo á aquellos dos jovencuelos, no sabía si debía quedarse ó marcharse. Estaba pensativo en medio del salón, con la mano apoyada en el puño del sable y la vista fija en los dos parisienses. Los Durieu, estupefactos, y todos los criados del castillo, formaban un grupo en que se pintaba de un modo admirable la inquietud. Sin el llanto convulsivo de Gothard se hubiera oído volar á una mosca.

Cuando la madre, asustada y pálida, abrió la puerta y se mostró casi arrastrada por la señorita Goujet, cuyos encarnados ojos demostraban que había llorado, todas aquellas caras se volvieron hacia las dos mujeres. El temblor de los habitantes del castillo sólo podía compararse á la ansiedad con que los dos agentes esperaban ver entrar á Lorenza. El movimiento espontáneo de los amos y criados pareció producido por uno de esos mecanismos que obliga á hacer á las figuras de madera un solo y único gesto ó un guiño de ojos.

La señora de Hauteserre dió precipitadamente tres grandes pasos hacia Corentín y le dijo con voz entrecortada, pero violenta:

—Por piedad, caballero, dígame de qué se acusa á mis hijos. ¿Cree usted que hayan venido aquí?

El cura, que parecía haberse dicho al ver á la dama: «Va á cometer alguna tontería», bajó los ojos.

—Mis deberes y la misión que llevo á cabo me prohíben decirlo, respondió Corentín con aire amable al par que burlón.

Esta negativa, que parecía aún más implacable dada la detestable cortesía de aquel pisaverde, petrificó á la anciana madre, que cayó sobre un sofá al lado del abate Goujet, juntó las manos é hizo un voto.

—¿Dónde ha detenido usted á ese llorón? preguntó Corentín al sargento señalándole el pequeño escudero de Lorenza.

—En el camino que conduce á la quinta, á lo largo de los muros del parque; el pilluelo quería ganar el bosque de los Closeaux.

—¿Y esta muchacha?

—¿Esta? Olivier ha sido el que la ha cogido.

—¿Adónde iba?

—Hacia Gondreville.

—¿Escapaban hacia puntos opuestos? dijo Corentín.

—Sí, respondió el gendarme.

—¿No son el criadito y la camarera de la ciudadana de Cinq-Cygne? preguntó Corentín al alcalde.

—Sí, respondió Goulard.

Después de haber cambiado dos palabras en voz baja con Corentín, Peyrade salió inmediatamente llevándose consigo al sargento.

En este momento, el sargento de Arcis entró, se encaminó hacia Corentín y le dijo al oído:

—Conozco bien el país; lo he registrado todo, y á menos que esos peces no se hayan enterrado, declaro que no hay nadie. Ahora nos ocupamos en golpear con las culatas de nuestros fusiles los techos y las paredes para ver si suenan á hueco.

Peyrade, que volvió á aparecer, hizo seña á Corentín de que se fuese con él, y lo condujo á la brecha del foso que iba á dar al caminito del bosque que ya conocemos.

—Hemos adivinado la maniobra, dijo Peyrade.

—Y yo, replicó Corentín, voy á darle más explicaciones. Ese pilluelo y la muchacha han engañado á esos imbéciles de gendarmes para asegurar la salida de la casa.

—No sabremos la verdad hasta que llegue el día, repuso Peyrade. Este camino está húmedo, acabo de poner guardia á la entrada y á la salida de él, y, cuando podamos ver claro, reconoceremos por las huellas de los pies la clase y el número de seres que lo han atravesado.

—He aquí las huellas de un casco de caballo, dijo Corentin. Vamos á las cuadras.

—¿Cuántos caballos hay aquí? preguntó Peyrade al señor de Hauteserre y á Goulard al entrar de nuevo en el salón con Corentin.

—Vamos, señor alcalde, usted lo sabe, responde, le dijo Corentin al ver que el funcionario titubeaba en responder.

—Pues hay la yegua de la condesa, el caballo de Gothard y el del señor de Hauteserre.

—No hemos visto más que uno en la cuadra, dijo Peyrade.

—Es que la señorita está de paseo, dijo Durieu.

—¿Y acostumbra vuestra pupila á pasearse con mucha frecuencia á estas horas? dijo el libertino Peyrade al señor de Hauteserre.

—Sí que acostumbra, respondió sencillamente el buen hombre. El señor alcalde puede confirmarlo.

—Todo el mundo sabe que tiene caprichos extravagantes, respondió Catalina. Antes de acostarse miraba al cielo, y yo creo que vuestros fusiles, que brillaban á lo lejos, le habrán hecho entrar en curiosidad. Al salir, me dijo que quería saber si se trataba aún de una nueva Revolución.

—¿Cuándo ha salido? preguntó Peyrade.

—Cuando ha visto los fusiles.

—¿Y hacia dónde ha ido?

—No lo sé.

—¿Y el otro caballo? preguntó Corentin.

—Los... os... gen... en... en... en... dar... mes... me... e... lo... o... o... han... co... o... o... gi... i... i... do, dijo Gothard.

—¿Y adónde ibas tú? le preguntó uno de los gendarmes.

—Se... e... e... gui... i... i... a... á... mi... due... fia... á... la... quin... ta.

El gendarme levantó la cabeza hacia Corentin esperando una orden; pero aquel lenguaje era á la vez tan falso y tan

verdadero, tan profundamente inocente y tan astuto, que los dos parisienses se miraron como para repetirse las palabras de Peyrade: «Me parece que tenemos que habérmolas con buenos peces».

El hidalgo parecía no tener talento suficiente para combatir un epigrama. El alcalde era estúpido. La madre, imbecil de solemnidad, hacía á los agentes preguntas de una inocencia estúpida. En realidad, todos los criados habían sido sorprendidos durmiendo. Al ver todo aquello, juzgando estos diversos caracteres, Corentin comprendió en seguida que su único adversario era la señorita de Cinq-Cygne. Por diestra que sea la policía, siempre tiene innumerables desventajas. No sólo está obligada á saber todo lo que sabe el conspirador, sino que tiene que suponer mil cosas antes de llegar á una verdadera. El conspirador piensa sin cesar en su seguridad, mientras que la policía sólo está despierta á sus horas. Sin las traiciones, nada sería más fácil que conspirar. Un conspirador tiene más talento por sí solo, que la policía con sus inmensos medios de acción. Al sentirse detenidos moralmente, como si lo hubieran sido físicamente, por una puerta que creían encontrar abierta, que hubieran empujado y tras la cual opusiesen resistencia una multitud de hombres sin decir nada, Corentin y Peyrade se veían adivinados sin saber por quién.

—Afirmo que si los señores de Hauteserre y Simeuse han pasado la noche aquí, fué á decirles al oído el sargento de Arcis, han tenido que acostarse en las camas de la madre, del padre, de la señorita de Cinq-Cygne, de la criada ó de los criados, ó se han paseado por el parque, pues no han dejado la menor huella de su paso.

—¿Quién ha podido prevenirles? dijo Corentin á Peyrade. El Primer Cónsul, Fouché, los ministros, el prefecto de policía y Maligno son los únicos que saben algo.

—Dejaremos algunos *carneros* en el país, dijo Peyrade al oído á Corentin.

—Ya lo creo, replicó el cura que no pudo menos de sonreírse al oír la palabra carnero y que lo adivinó todo con esta sola palabra que sorprendió.

—¡Caramba! pensó Corentin respondiendo al cura con una

sonrisa; no hay aquí más que un hombre de talento y no puedo entenderme con él; voy á abordarle.

—Señores, dijo el alcalde, que quería á pesar de todo dar una prueba de adhesión al Primer Cónsul, dirigiéndose á los dos agentes.

—Diga usted ciudadano, pues la República existe aún, replicó Corentín mirando al cura con aire socarrón.

—Ciudadanos, repuso el alcalde, en el momento de entrar yo en este salón y antes de que hubiese abierto la boca, Catalina ha entrado aquí á buscar el látigo, los guantes y el sombrero de su ama.

Un sombrío murmullo de horror salió del fondo de todos los pechos, excepto del de Gothard. Todos los ojos, menos los de los gendarmes y de los agentes, amenazaron despidiendo llamas, á Goulard, el denunciador.

—Está bien, ciudadano alcalde, le dijo Peyrade. La cosa es clara y está visto que han avisado á tiempo á la ciudadana de Cinq-Cygne, añadió mirando á Corentín con visible desconfianza.

—Sargento, póngale usted los grillos á ese pillastre, dijo Corentín al gendarme, y llévelo á un cuarto aparte. Encierre usted también á esa muchacha, añadió señalando á Catalina. Tú vas á presidir la perquisición de los papeles, añadió dirigiéndose á Peyrade, á quien habló al oído.

—Regístralo todo sin ahorrar tiempo. Señor cura, dijo confidencialmente al sacerdote, tengo que hacer á usted importantes revelaciones.

Y lo llevó hacia el jardín.

—Escuche usted, señor cura; me parece que tiene usted todo el talento de un obispo y que me comprenderá (aquí no puede oírnos nadie); sólo confío en usted para salvar á dos familias que, por una tontería, van á dejarse arrastrar á un abismo de donde no vuelve nadie. Los señores de Simeuse y de Hauterierre han sido vendidos por uno de esos infames espías que los gobiernos introducen en todas las conspiraciones, á fin de conocer su objeto, los medios y las personas. No me confunda usted con ese miserable que me acompaña, que es de la policía; yo soy muy adicto al ga-

binete consular y he recibido sus órdenes. No se desea la pérdida de los señores de Simeuse; si Maligno quisiera verlos fusilar, el Primer Cónsul, si están aquí y no tienen malas intenciones, prefiere detenerlos al borde del precipicio, pues quiere á los buenos militares. El agente que me acompaña tiene todos los poderes; yo no sé nada en apariencia, pero sé dónde está el complot. El agente tiene órdenes de Maligno, que sin duda le ha prometido su protección, un empleo y acaso dinero, si logra coger á los Simeuse y entregárselos. El Primer Cónsul, que es verdaderamente un gran hombre, no favorece nunca los pensamientos ambiciosos. No quiero saber si los dos juvenes están aquí, dijo al ver un gesto del cura; pero no pueden salvarse más que de una manera. Usted sabe que la ley del 6 de floreal del año x, amnistia á los emigrados que están aún en el extranjero, con la condición de que entren antes del 1.º de vendimiario del año xi, es decir, en septiembre del año pasado. Pero habiendo ejercido mandos los señores de Simeuse, lo mismo que los de Hauterierre, en el ejército de Condé, no están comprendidos en esta ley: su presencia en Francia es, pues, un crimen, y basta, en las circunstancias en que estamos, para hacerlos cómplices de un horrible complot. El Primer Cónsul ha comprendido la falta de esta excepción, que crea á su gobierno irreconciliables enemigos, y quisiera hacer saber á los señores de Simeuse que no serán objeto de ninguna persecución si dirigen una petición en la que digan que entran en Francia con la intención de someterse á las leyes y de prestar juramento á la Constitución. Ya comprenderá usted que este documento debe encontrarse en sus manos antes de su arresto y fechado con algunos días de antelación, pudiendo yo ser entonces su portador. Yo no le pregunto á usted dónde están los jóvenes, dijo viendo el nuevo gesto negativo que hacía el abate; desgraciadamente, estamos seguros de encontrarlos: el bosque está guardado, las entradas de París están vigiladas y las fronteras también. Escúcheme usted bien: si esos señores están entre ese bosque y París, serán cogidos; si están en París, los encontrarán, y si retroceden, también serán detenidos los desgraciados. El Primer Cónsul

ama á la nobleza y no puede sufrir á los republicanos; después de todo, la cosa es clara; si quiere un trono, tiene que poner trabas á la libertad. Que este secreto quede entre nosotros. De modo que ya lo sabe usted. Esperaré hasta mañana y seré ciego; pero desconfíe usted del otro agente; ese maldito provenzal es el diablo en persona, y tiene órdenes de Fouché como las tengo yo del Primer Cónsul.

—Si los señores de Simeuse están aquí, le contestó el cura, daría la mitad de mi sangre y un brazo por salvarlos; pero si la señorita de Cinq-Cygne es su confidente, juro por mi salvación eterna, que no ha cometido ninguna indiscreción y que no me ha hecho el honor de consultarme. Ahora, me alegro mucho de su discreción, si es que la ha habido. Ayer por la noche jugamos, como todos los días, al boston hasta las diez y media, y no hemos visto nada. No pasa ni un chiquillo por este barrio solitario sin que todo el mundo lo sepa, y hace ya quince días que no se ha visto á ningún extranjero. Los señores de Hauteserre y de Simeuse forman una tropa de cuatro. Sus padres están sometidos al gobierno y han hecho todos los esfuerzos imaginables para traer á sus hijos á su lado; anteayer mismo les escribieron. Así es que en mi alma y en mi conciencia ha sido preciso vuestra bajada aquí para hacer vacilar la firme creencia en que estoy de que esos señores están en Alemania. Entre nosotros, la joven condesa es la única que no hace justicia á las eminentes cualidades del Primer Cónsul.

—¡Zorro! pensó Corentín. Si se fusila á estos jóvenes, ustedes lo habrán querido, respondió en voz alta. Ahora, yo me lavo las manos.

Había llevado al abate Goujet á un lugar iluminado por la luna y le miró bruscamente al pronunciar estas palabras. El sacerdote estaba muy afligido, pero al mismo tiempo mostrábase sorprendido y completamente ignorante.

—Comprenda usted, además, señor cura, repuso Corentín, que sus derechos á la tierra de Gondreville les hacen doblemente criminales á los ojos de la gente subordinada. En fin, le aseguro á usted que me parece que no han de salir airosos en su empresa.

—¿Pero hay acaso algún complot? preguntó sencillamente el cura.

—Innoble, cobarde, odioso y tan contrario al espíritu generoso de la nación, repuso Corentín; que será cubierto de un oprobio general.

—Pues bien, la señorita de Cinq-Cygne es incapaz de una cobardía, exclamó el cura.

—Mire usted, señor cura, repuso Corentín; aquí, para *inter nos*, sepa que hay pruebas evidentes de su complicidad; pero la justicia no tiene aún bastantes. Ha emprendido la huida al acercarnos nosotros... y, sin embargo, yo le había enviado al alcalde.

—Sí, pero para tener tanto interés como dice por salvarlos, venía usted demasiado cerca del alcalde, dijo el cura.

Dichas estas palabras, estos dos hombres se miraron y se comprendieron: ambos pertenecían á la clase de esos profundos anatomistas del pensamiento á quienes una simple inflexión de voz, una palabra, una mirada, bastan para adivinar á un ser, lo mismo que el salvaje adivina á sus enemigos por indicios invisibles á los ojos de un europeo.

—He creído sacar algo de él, y me ha descubierto, pensó para sus adentros Corentín.

—¡Ah, pillo! se dijo á sí mismo el cura.

Las doce daban en el antiguo reloj de la iglesia, en el momento en que Corentín y el cura reaparecieron en el salón. Se oía abrir y cerrar las puertas de los cuartos y de los armarios. Los gendarmes deshacían las camas, y Peyrade, con la pronta inteligencia del espía, lo registraba y sondaba todo. Este pillaje excitaba á la vez el terror y la indignación de los fieles criados, que seguían inmóviles y de pie. El señor de Hauteserre cambiaba con su mujer y con la señorita Goujet miradas de compasión. Una horrible curiosidad tenía á todo el mundo alerta. Peyrade bajó y entró en el salón llevando en la mano una cajita de madera de sándalo esculpido, que debía haber sido traída antaño de la China por el almirante Simeuse. Esta bonita caja tenía las dimensiones de un volumen en cuarto.